

## **Adoración y misión, nuestra labor sacerdotal**

Tenemos algunas lejas ya el día del bautismo: en aquel momento, con diversas ceremonias, nos convertimos en luz y sal, fermento renovador. Un compromiso que hemos ido día a día acrecentando y concretando. Desde ese mismo instante fuimos convertidas en sacerdotes. El cristiano es una persona llamada a vivir de modo semejante a cómo vivió Cristo, haciendo de su vida una completa obediencia a la voluntad del Padre; a pensar con la mentalidad de Cristo, buscando siempre el bien, la verdad y la justicia; y libre de todo aquello que le impide amar con un corazón como el de Cristo.

Sacerdote es el que se entrega por sus hermanos, el que da la vida. Por eso nosotras participamos del sacerdocio de Cristo entregando nuestra historia personal, fructificando el reino de Dios en el amor derramado sobre aquellos que se hacen los *encontradizos* en nuestras existencias. Ser cristiano, exige: *¿Preguntémonos si somos cristianos de salón, de esos que comentan cómo van las cosas en la Iglesia y en el mundo, o si somos apóstoles en camino, que confiesan a Jesús con la vida porque lo llevan en el corazón?* (papa Francisco).

La Adoración Nocturna es la forma concreta que Dios ha querido para mí, la vocación que ha despertado en mi corazón. La llamada es a la fidelidad, perseverada en el amor. La oración de la noche debe ir necesariamente acompañada del testimonio a plena luz de la verdad de Cristo, siendo plenamente sacerdote: entrega, inmolación, sacrificio, resurrección. *¿Considerando que Cristo es la luz verdadera sin mezcla posible de error alguno, nos damos cuenta de que también nuestra vida ha de estar iluminada con los rayos de la luz verdadera. Los rayos del sol de la justicia son las virtudes que de él emanan para iluminarnos [...] y, obrando en todo a plena luz, nos convirtamos también nosotros en luz y, según es propio de la luz, iluminemos a los demás con nuestras obras?* (san Gregorio de Nisa, Trat. sobre la ejemplaridad del cristiano).

Precisamente en este mes celebramos la santidad de los mejores hijos de la Iglesia, de aquellos que han sabido llevar a plenitud su vocación, entre ellos muchas de nuestras hermanas adoradoras que disfrutaban ya en el cielo el haber sabido permanecer con las *alcuzas llenas de aceite*. No podemos situarnos al margen de esta llamada: su ejemplo es el mejor estímulo para nosotras. Nuestra labor callada en cada Vigilia, como un pequeño grano que se siembra para florecer, dará su fruto en el apostolado diario, en el compromiso constante con *¿un mundo al que pertenecemos y que estamos contribuyendo a forjar?*

¿Cómo lograrlo? El único camino es mantenerse fieles: *õLa fidelidad de Dios es la clave y la fuente de nuestra fidelidadö* (papa Francisco). Somos conscientes de que nuestra vida es una respuesta a una alianza, al Dios que ha permanecido constantemente a nuestro lado, guiando nuestros pasos aunque no nos diéramos cuenta. *õFiel es el que os llamaö* (1Ts 5, 24). Dios no ha dejado de amarnos con pasión, de cuidar la obra de sus manos con mimo. Su Hijo entregado en la Cruz es la prueba irrefutable. El camino de la Iglesia es permanecer fiel a la humanidad y a Dios: llevando a Dios a cada persona y orando a Dios por todas las personas. Ese camino es, también, el de la Adoración Nocturna.

Debemos ser mujeres de oración para entregarnos después a nuestra misión, *«¿qué urgente es que en la Iglesia haya maestros de oración, pero que sean ante todo hombres y mujeres de oración, que viven en la oración!ö* (papa Francisco). Desde la oración podemos llevar al Corazón de Dios tantas peticiones, situacionesí nos situamos con una mano en el corazón de Cristo y con otra en el corazón de la humanidad y, como puente, pedimos por unos a Dios y anunciamos con nuestras obras que el Amor merece la vida entera, una sincera conversión.

*"Los hombres y las mujeres de Dios son inconfundibles. No se distinguen porque sean brillantes, ni porque deslumbren, ni por su fortaleza humana, sino por los frutos santosö* (san Pedro Poveda). No es santo el que se despreocupa, el que no quiere entregarse, quien no vive con pasión su entrega sacerdotal bautismal. Por eso las grandes crisis de la Iglesia son *crisis de santos*: nos falta coraje, audacia, valentía, nos acomodamos al mundo que nos rodea en vez de transformarlo por la fuerza del Amor. Mientras más vivamos con pasión y entrega nuestra adoración nocturna más *luz* seremos en nuestros días, con nuestras vidas, en nuestra entrega.

*õContemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad. Pienso particularmente en Martín de Tours (Å397), que primero fue soldado y después monje y obispo: casi como un icono, muestra el valor insustituible del testimonio individual de la caridad. A las puertas de Amiens compartió su manto con un pobre; durante la noche, Jesús mismo se le apareció en sueños revestido de aquel manto, confirmando la perenne validez de las palabras del Evangelio: «Estuve desnudo y me vestisteis... Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 36. 40). Pero ¡cuántos testimonios más de caridad pueden citarse en la historia de la Iglesia! [í ] Figuras de Santos como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Camilo de Lelis, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, José B. Cottolengo, Juan Bosco, Luis Orione, Teresa de Calcuta ô por citar sólo algunos nombresô siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad. Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor. [í ]En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en Maríaö* (Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, nn. 40.42)